

“El pueblo crucificado” Ensayo con ocasión de los aniversarios de la UCA y El Mozote*

Jon Sobrino**

A modo de introducción

1. La realidad de nuestro mundo es sobrecogedora. Personas con visión nos lo recuerdan recurrentemente. “Nuestro mundo actual está enfermo”¹, decía el Padre Arrupe en 1976. Vivimos en una civilización “gravemente enferma”², dijo el Padre Ellacuría en su último discurso en 1989; “amenazada de muerte”³, ha dicho Jean Ziegler.

Ante la realidad salvadoreña, símbolo de una mayor realidad mundial, Ellacuría acuñó la expresión “pueblo crucificado”. Con ello expresaba con vigor lo sobrecogedor de la realidad, aunque afirmaba también algo que no se suele tener en cuenta y que, por esa razón, quisiera dejarlo asentado desde el principio: de ese pueblo también proviene salvación.

Hoy el término “pueblo crucificado” no es casi usado en el ámbito religioso, y nada en el ámbito civil. Sí suele usarse con alguna frecuencia, sobre todo en organizaciones de derechos humanos, el término “víctimas”, afín, aunque no idéntico en todas sus conno-

* Este texto es una reelaboración de la ponencia tenida en la sede de La Universidad Iberoamericana, en Puebla, el 14 de noviembre de 2011, en el contexto de la “Cátedra Ignacio Ellacuría. Análisis de la realidad latinoamericana”. Las ideas fundamentales también fueron pronunciadas el 7 de diciembre en la UCA en el contexto de la conmemoración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos organizada por el IDHUCA, Instituto de Derechos Humanos de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”. En este último evento estuvieron presentes sobrevivientes de varias masacres que tuvieron lugar en El Salvador. Varias de las ideas ya han sido publicadas. Véase, por ejemplo, “El pueblo crucificado” y “la civilización de la pobreza”, *Revista Latinoamericana de Teología*, 66 (2005) 209-228.

** Director del Centro Monseñor Romero, UCA.

1. “El hambre del pan y del evangelio”, conferencia en el XII Congreso eucarístico internacional en Filadelfia.
2. Y hay que cambiarla desde dentro de sí misma “para evitar un desenlace fatídico y fatal”, “El desafío de las mayorías populares”, *ECA* (1989) 1078.
3. Jean Ziegler, *El País*, 9 de mayo, 2005.

taciones, al de “pueblo crucificado”. Pero ninguno de ellos configura la conciencia colectiva.

2. La ocasión para retomar el tema nos la ofrece el XXII aniversario de ocho asesinatos en la UCA, dos mujeres del pueblo y seis jesuitas, el 16 de noviembre de 1989. Y lo exige obligadamente el XXX aniversario de la masacre de El Mozote, el 11 diciembre de 1981, en que fueron asesinados, inocente e indefensamente, contabilizados hasta ahora 936 campesinos, hombres, mujeres, ancianos, entre ellos 430 menores de 13 años. A esta masacre hay que añadir muchas otras. Y hoy sigue siendo sobrecogedor los tres mil a cuatro mil homicidios anuales en nuestro país. Y Somalia, Haití, Darfur, sin que la comunidad internacional se desviva por buscar soluciones arriesgando lo que haya que arriesgar, y sin que surja un clamor en la conciencia colectiva mundial.

3. Con todo, puede asomar la pregunta: ¿a qué insistir en aniversarios del pasado y, además, en lenguaje de “pueblo crucificado”?

En El Salvador también recordamos el XX aniversario de acuerdos que pusieron fin a un cruel conflicto bélico, y en el mundo ha despuntado la primavera árabe. Hay que aceptarlo cordialmente, pero sin que ello lleve a ignorar el pasado.

La tentación está siempre presente. Mueve a ello la psicología, para defendernos de los horrores que hemos cometido los humanos, y para defendernos también del dolor y la mala conciencia que esos horrores generan. Hay ideologías que, facilonamente, consideran retrógrado volver al pasado y progresista mirar al futuro. Pero si nos distanciamos del pasado, las consecuencias son deshumanizantes. Nos acostumbramos a trivializar lo que ha ocurrido y lo que sigue ocurriendo, enterramos para siempre a las víctimas, obramos como si no hubiera habido victimarios y facilitamos que prosiga la actuación cruel de los imperios, mundiales y locales. Y lo que me parece muy importante es que, sin tomarlo en nuestras manos, dejamos

el pasado *en manos del poder*, el capital, las armas, la política, los medios, a veces también instituciones religiosas, culturales... Esas instancias hablarán o callarán del pasado, pero normalmente lo hacen para provecho propio, no para el bien de las mayorías.

Y del pasado también podemos aprender, mejor que del actual presente, cosas que siguen siendo muy necesarias: enfrentar la realidad sin encubriarla, encargarnos de un mundo malherido sin abandonarlo a su suerte, cargar con él sin poner límites a los costos. También podemos aprender a defendernos del ego-centrismo que, como por ósmosis, genera nuestra civilización actual: “lo real somos nosotros”, piensan los que dan la vida por supuesto y no se sorprenden de que haya inmensas mayorías que no la dan por supuesto. Y a defendernos del ego-ísmo: “la realidad está para servirnos”.

Y del pasado, aunque suene altamente contracultural, también podemos aprender a ser seres humanos con esperanza. “Quisiera ser siempre, sobre todo en estas horas de confusión, de psicosis, de angustias colectivas, un mensajero de esperanza y de alegría” (*Homilía* del 10 de febrero, 1980). Y con ánimo. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor” (18 de noviembre, 1979), decía monseñor Romero.

Una honrada mirada a nuestro pasado también puede aportar profundidad a los movimientos alternativos actuales, que, no por buenos, dejan de estar expuestos a limitaciones. Y en cualquier caso, sin “volver” al pasado de Jesús de Nazaret, a las multitudes a las que defendió y a la cruz en que acabó por defenderlas, no hay cristianismo.

Lo que necesitamos es encontrar “fuentes de aguas vivas”, que no abundan, para irrigar “el erial” social en que vivimos. El pasado puede servir de trampolín hacia adelante y en la dirección necesaria: conversión, compasión, creatividad. Pero sin engañarse. Volver al pueblo crucificado siempre será ir contra-

corriente. Y por razones comprensibles. “Se hace todo lo posible por ocultarlo para que no perturbe nuestra tranquilidad occidental y burguesa”⁴. Es una afirmación de principio, siempre actual.

4. Este artículo tiene dos partes. En la primera, se trata de analizar 1) el origen, contenido y significado del término “pueblo crucificado”, 2) la importancia de declararlo “signo de los tiempos” y 3) “continuación histórica del siervo de Yahvé”, todo lo cual, en mi opinión, no se suele tener en cuenta. En una segunda parte, ofrecemos breves reflexiones que pueden animar y ayudar hoy a la tarea de “bajarlo de la cruz”.

Escribimos desde El Salvador lugar de extraordinaria riqueza de *mártires*, lo que es bien conocido, pero insistiendo en que lo han sido precisamente por defender a un *pueblo crucificado* a manos de *victimarios* muy crueles. A ver las cosas así, nos han ayudado las víctimas, en la modesta medida en que hemos llegado a conocerlas, y muchos de sus defensores, entre ellos monseñor Romero y Pedro Casaldáliga. A conceptualizarlo histórica y cristianamente, siempre ha ayudado Ignacio Ellacuría.

1. El pueblo crucificado. Origen y significado

1.1. El término “mártir”

El término “pueblo crucificado”, aunque remitía a la realidad más flagrante de los

setenta y los ochenta, no formó parte del nuevo lenguaje que emergía en el país. Sí ocurrió con el término “mártir” alrededor del asesinato de Rutilio Grande, y de salvadoreños que, individualmente, a veces con algún acompañante, habían muerto asesinados por luchar contra los opresores y defender a los campesinos. El término arraigó en las mayorías populares cristianas y entre quienes las defendían, en monseñor Romero⁵ y en jerarcas de otras iglesias⁶. Y se popularizó para describir *cristianamente* los horrores y la generosidad de la época.

Cuando en 1989 ocurrió la matanza de la UCA, ellos y ellas fueron identificados en lenguaje que ya era habitual: “los mártires” de la UCA. Y el Padre Dean Brackley, en el testimonio de gratuidad que dejó grabado poco antes de su muerte el 16 de octubre, daba gracias a Dios por haber compartido veintiún años de su vida “con este pueblo martirial”. “Mártir” y “martirial” fungen aquí como términos genéricos para poner en palabra tanto la crueldad e injusticia, como la dignidad y grandeza de esas muertes, aunque pronto hubo que especificar y diferenciar, lo que haremos más adelante.

Y también comenzó una *reflexión* teórica sobre el *martirio*⁷, necesaria ante la novedad de la muerte de muchos cristianos. La novedad consistía en considerar *mártires* no solo a los que son dados muerte por la *fe en Cristo*, lo cual no era verosímil en El Salvador, sino por el *seguir a Jesús*, lo que en nuestros

4. I. Ellacuría, “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981) 58.

5. “Para mí que son verdaderos mártires en el sentido del pueblo” (23 de septiembre, 1979).

6. El obispo Pedro Casaldáliga, inmediatamente después del asesinato de monseñor escribió: “San Romero de América, pastor y mártir nuestro”.

7. En 1977, tras la muerte de Rutilio, monseñor Romero abordó pastoralmente la realidad de los asesinatos de gente cristiana y popular en general, y pidió una reflexión teológica sobre el tema. Escribí “Persecución de la Iglesia en El Salvador”, que apareció en *Publicaciones del Secretariado Social Interdiocesano*, San Salvador, 1977, pp. 39-75. Después apareció con el título “Significado teológico de la ‘persecución a la Iglesia’. A propósito de la arquidiócesis de San Salvador”, en Jon Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, San Salvador, 1986, pp. 237-269. El avance teórico consistía en afirmar que la Iglesia no era perseguida, ni se daba muerte a los cristianos, por razones de ortodoxia o por intolerancia de regímenes ateos,

países exigía la denuncia de la injusticia y la práctica de la justicia⁸.

El nuevo concepto de “mártir” fue importante, pero hubo que situarlo adecuadamente en una realidad mucho más amplia de muertes violentas e inocentes. En mayor medida y con mayor crueldad que los sacerdotes asesinados, por ejemplo, fueron masacradas mayorías, injustamente, muchas veces indefensamente, y sin que hubiera habido *provocación* activa por parte de ellas. Por esa razón, hubo que hacer una distinción en el concepto y en el lenguaje. A los que morían como Rutilio los llamamos *mártires jesuánicos*, pues en vida y en muerte se habían parecido a Jesús, quien defendió a los pobres y luchó contra sus opresores. Monseñor Romero fue el mártir por antonomasia, y un campesino lo explicó con nitidez: “Monseñor dijo la verdad. Nos defendió a nosotros de pobres. Y por eso lo mataron”. Y como Jesús, monseñor Romero también resucitó. Ese Jesús era primogénito de los mártires y testigo de un *Dios liberador*.

1.2. El término “pueblo crucificado”

Hemos dicho que, al hablar solo de mártires, no tocamos el fondo del asunto. Con anterioridad histórica, y lógica, existía un pueblo crucificado. Veamos el origen y significado del término.

Por lo que sé, la expresión “pueblo crucificado” surgió en El Salvador hace más de treinta años. En lenguaje más sistemático, con Ignacio Ellacuría. Y en un lenguaje equivalente, más profético y descriptivo, con monseñor Romero. Mencionaban con vigor y rigor la *muerte* a la que eran sometidas las *mayorías*, por causa de la *injusticia*. Y dada la cultura religiosa del país, el término remitía a la *cruz de Cristo*, lo que ambos explicitaron. Veamos primero la dimensión histórica del pueblo crucificado. Dice Ellacuría:

Se entiende aquí por pueblo crucificado aquella colectividad que, siendo la mayoría⁹ de la humanidad, debe su situación de crucifixión a un ordenamiento social promovido y sostenido por una minoría que ejerce su dominio en función de un conjunto de factores, los cuales, como tal conjunto y dada su concreta efectividad histórica, deben estimarse como pecado¹⁰.

Monseñor Romero, por su parte, habló de la crucifixión histórica que ocurría en prácticamente todos los ámbitos de la realidad social, y la denunció en detalle cada semana con vigor inigualable:

Yo denuncio, la riqueza, la propiedad privada, como un absoluto intocable... ¡Ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema (12 de agosto, 1979). Manipulan

sino por trabajar y luchar por la justicia. Eso la asemejaba a Jesús y la hacía participar en su destino. En ese sentido, a los asesinados los llamamos, después, “mártires jesuánicos”. La temática del pueblo crucificado la abordamos más adelante, y la relacionamos con la cruz de Jesús. Véase *Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret*, San Salvador, 1991, pp. 425-451.

8. Pocos años después, Karl Rahner, con su ciencia y prestigio, dio carta de ciudadanía a esta nueva comprensión del martirio. “¿Por qué no habría de ser mártir un monseñor Romero, por ejemplo, caído en la lucha por la justicia en la sociedad, en una lucha que él hizo desde sus más profundas convicciones cristianas?”, en “Dimensiones del martirio”, *Concilium* 183 (1983) 523.
9. El término “mayoría de la humanidad” hoy se puede entender perfectamente como “muchísimos hombres”, “muchísimas mujeres”, “muchísimos niños y niñas”, que viven, sobre todo en el tercer mundo, bajo la opresión estructural, por parte de minorías, y con consecuencias muy graves.
10. “El pueblo crucificado, ensayo de soteriología histórica”, *Revista Latinoamericana de Teología* 18 (1989) 318, publicado tras su muerte. Antes había aparecido en *Cruz y Resurrección*, México, 1978, pp. 49-82. Escribió el texto a petición del Centro de Reflexión Teológica de México en 1978 como preparación a Puebla. Ellacuría, en los setenta y los ochenta, escribió frecuentemente sobre pobres, injusticia, opresión, represión y realidades afines. Sobre “pueblo crucificado”, escribió explícitamente en el artículo que estamos citando, de 1978, y en el anteriormente citado de 1981.

muchedumbres porque se le tiene cogida del hambre a mucha gente (16 de diciembre, 1979). No me cansaré de denunciar el atropello por capturas arbitrarias, por desaparecimientos, por torturas (24 de junio, 1979). Se sigue masacrando al sector organizado de nuestro pueblo solo por el hecho de salir ordenadamente a la calle para pedir justicia y libertad (27 de enero, 1980). La violencia, el asesinato, la tortura donde se quedan tantos muertos, el machetear y tirar al mar, el botar a la gente: esto es el imperio del infierno (1 de julio, 1979). Estamos en un mundo de mentiras donde nadie cree ya en nada (19 de marzo, 1979).

”Pueblo crucificado” expresa, pues, *negatividad*, pero no una negatividad cualquiera, sino específica. 1) “Pueblo” hace referencia a *inmensas mayorías*, mundos enteros, el tercer mundo, de modo que ese pueblo “crucificado” no es la excepción o la anécdota en el planeta. 2) Está amenazado de *muerte*, y no de una muerte *natural*, sino *histórica* que toma la forma de *crucifixión*, asesinato, activa privación de vida, lentamente por el hambre o rápidamente por la violencia. 3) Esa muerte es *producto de la injusticia*, personal y sobre todo estructural, que va acompañada de *crueledad* y *desprecio*. 4) Sobre el pueblo crucificado se cierne el *encubrimiento*. Se le niega palabra, y de esa forma *se le niega existencia*. El pueblo crucificado “no es”, y el mundo de abundancia impide o dificulta grandemente que “llegue a ser”. De ese modo, el mundo crucificante puede desentenderse –sin mala conciencia– de lo que ocurre a las inmensas mayorías oprimidas y reprimidas. 5) Las minorías que individualmente, o a través de estructuras, producen mayorías crucificadas son *agentes de pecado*.

Con Ellacuría y monseñor Romero, el pueblo de pobres y oprimidos llegó a tener nombre, lo cual fue un logro importante para proclamar con precisión la verdad de la realidad, y para facilitar que su realidad impactase en la conciencia colectiva. Pero monseñor Romero e Ignacio Ellacuría dieron un paso más. En un arrebató cristiano lo remitieron a Cristo crucificado. Y de esta forma, otorgaron dignidad *evangélica* a un pueblo tantas veces despreciado, a veces tenido por *ateo*, *comunista* se decía entonces. Esto causó impacto en la fe de los cristianos conscientes y en la teología, y por su sorprendente novedad también en algunos ámbitos de la sociedad.

Monseñor Romero lo dijo con profundidad, acompañada de hondo sentimiento y ternura inigualable, en la eucaristía que celebró en Aguilares el 19 de junio de 1977. En pocos días habían sido asesinados decenas de campesinos a manos de militares, y monseñor les dijo: “Ustedes son la imagen del Divino Traspasado¹¹... [Este pueblo] es la imagen de todos los pueblos que, como Aguilares, serán atravesados, serán ultrajados”. Cristianamente no se puede decir nada más profundo sobre el pueblo crucificado.

En lenguaje más sistemático, Ellacuría relacionó al pueblo crucificado con el siervo sufriente de Yahvé y, en definitiva, con Cristo crucificado. Lo hizo de diversas formas. El pueblo crucificado es “continuador del siervo sufriente de Jahvé”¹². Desde el siervo sufriente se puede ver “lo que fue, en uno de sus aspectos, la muerte de Jesús y, sobre todo, lo que es también, en uno de sus aspectos, la crucifixión del pueblo”¹³. Y pensó “la crucifixión del pueblo [...] desde la muerte de Jesús”¹⁴. El Jesús que muere crucificado y el

11. Monseñor Romero tomó la expresión de la primera lectura de la misa, Zac 12, 1b-14. En el texto, el traspasado es el mismo Dios. El Nuevo Testamento aplicará esta profecía de Zacarías a Jesús en la cruz en Jn 19, 37.

12. “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981) 58.

13. “El pueblo crucificado” 321

14. *Ibid.* 306.

pueblo crucificado en la historia se remiten el uno al otro.

Por lo que yo sé, ni monseñor Romero ni Ellacuría tomaron prestado este lenguaje de la tradición –al menos nada me hizo pensar que lo hubieran hecho–, aunque en la espiritualidad personal el “estar crucificado” con Cristo venía ya de Pablo. Pienso también que ambos llegaron a esa intuición con independencia el uno del otro, aunque sí inspirados por una misma convicción a la vez salvadoreña y cristiana. Monseñor Romero, un pastor muy lúcido, otorgó al lenguaje un vigor insuperable. Ellacuría, un intelectual muy preocupado por la repercusión pastoral del pensamiento, le otorgó rigurosa precisión conceptual. Lo fundamental consistió en poner en relación con Cristo crucificado no solo a personas individuales, sino a mayorías, pueblos enteros. Si se me permite hacer uso de una expresión de la época navideña, “le pusieron por nombre *el pueblo crucificado*”.

Hoy en día, se sigue usando más el término “mártir” que el de “pueblo crucificado”, lo cual no tiene importancia en la vida cotidiana, pero sí la tiene por lo que toca al concepto. Sería una anomalía (conceptual) hablar de mártires sin tener presente al pueblo crucificado. Rutilio murió mártir (*jesuánico*) precisamente por defender a campesinos oprimidos por la oligarquía, y reprimidos por cuerpos de seguridad y escuadrones de la muerte. No lo mataron por ninguna otra razón. Y lo mismo hay que decir de monseñor Romero. Dicho en forma de tesis, “en El Salvador pudo haber *mártires* porque existía un *pueblo crucificado*”. Y sin pueblo crucificado no tiene sentido hablar de mártires salvadoreños. Así como, desde una perspectiva histórica, no tendría sentido hablar de la cruz de Jesús sin hablar de las mayorías oprimidas a las que defendió.

Terminemos este primer apartado. “Pueblo crucificado” es una metáfora que tiene raíces

populares y cristianas. Pero, aunque metáfora, nada tiene de esotérico, pues en el tercer mundo “la crucifixión de los pueblos” no ha sido lo excepcional, sino lo normal. Y nada tiene de obsoleto, pues dicha crucifixión, como veremos, persiste de diversas formas hasta el día de hoy. El que actualmente no se use el término “pueblo crucificado” pienso que es más bien muestra de un cristianismo débil.

2. “El pueblo crucificado es el signo de los tiempos”

Es esta una impresionante afirmación que Ellacuría usó con convicción y con rigor. No es una realidad entre otras, sino la que caracteriza a nuestro mundo. Lo analizaremos en detalle, pero quiero insistir ya en que esas palabras fueron un “grito profético”, nada evidente ni usual. Para comprenderlo quisiera equipararlo, sin artificiosidad alguna, al grito de fray Antonio Montesinos en La Española, el 21 de diciembre de 1551, hace ahora cinco siglos. El fraile dominico denunció y amenazó directamente a los encomenderos. Y lo hizo para salir en defensa del “pueblo crucificado”, indios explotados y dados muerte:

Todos estáis en pecado mortal. En él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes. Decid ¿con qué derecho y con qué justicia tenéis en tan cruel y horrible servidumbre a estos indios? ¿Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas donde tan infinitas de ellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido?

Un grito semejante lanzó Ellacuría en lenguaje conceptual: el pueblo crucificado es “el signo de los tiempos”¹⁵. Según el concilio, esto significa dos cosas que analizaremos por separado. Una es histórica y claramente perceptible, y en ella nos vamos a detener ahora: el pueblo crucificado es lo que *caracteriza la realidad de la época* (GS 4). La otra es histórica y, a la vez, transcendente: el pueblo

15. La expresión fue muy querida para Juan XXIII y muy importante en el concilio.

crucificado es *signo verdadero de la presencia o de los planes de Dios* (GS 11), lo que no se suele tener en cuenta. He aquí el texto de Ellacuría de 1981:

Entre tantos signos como siempre se dan, unos llamativos y otros apenas perceptibles, hay en cada tiempo uno que es el principal, a cuya luz deben discernirse e interpretarse los demás. Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese pueblo es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de ese mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida¹⁶.

2.1. El pueblo crucificado caracteriza la realidad del mundo

2.1.1. La concentración en la negatividad de la historia

El concilio dijo que, para poder *servir al mundo* (LG 3), la Iglesia debe “escrutar y discernir los interrogantes perennes y actuales sobre el sentido de la vida presente y futura, las esperanzas y aspiraciones, y también el sesgo dramático que con frecuencia caracteriza a nuestro mundo” (cfr. LG 4). Esto pareciera ser de sentido común, pero no era ese el caso. La Iglesia debe hacerlo con honradez y, como lo quería Juan XXIII¹⁷, sin escuchar a los “profetas de calamidades” en su interior¹⁸.

Ellacuría tuvo veneración por Juan XXIII y apoyó la exigencia conciliar de conocer bien

el mundo para que la Iglesia pudiese llevar a cabo su misión. Pero precisamente por eso, no por ser profeta de calamidades, Ellacuría comienza con *la negatividad* que configura el mundo real: “el pueblo *crucificado*”. Y no como una negatividad cualquiera. Se trata del sufrimiento de grandes mayorías de seres humanos producto de injusticias concretas y sobre todo de estructuras injustas. Por ello lo capta no solo como *sesgo dramático*, sino como *fracaso mayor* de la humanidad. Al pueblo crucificado, como al siervo sufriente, lo despojan de todo y le arrebatan la vida, lo que en el tercer mundo ha ocurrido y ocurre masiva, indefensa e inocentemente. Y le privan de dignidad, sobre todo si es pobre, mujer, niño, de otra etnia, de otra religión que no sean europeas. “Los pobres no existen, no son”, vienen a decir los bienvivientes. Los poderes de este mundo “le siguen arrebatando sobre todo la vida”.

La presencia de la negatividad en la historia a Ellacuría le venía de lejos¹⁹, y por ello insistía tozudamente en ella. Sin mencionar al pueblo crucificado trivializamos la historia, y además nos privamos de su paradójica positividad, lo que analizaremos más adelante. Es un primer aporte de Ellacuría y –a mi modo de ver– muy original.

2.1.2. El pueblo crucificado como principio hermenéutico

En medio de tantos signos, algunos visibles, otros apenas perceptibles, el pueblo crucificado no es “un”, sino “el” signo principal. Ellacuría afirmaba así, la *prioridad* que tiene conocer el pueblo crucificado para conocer

16. “Discernir el signo de los tiempos”, *Diakonia* 18 (1981) 58. Usando palabras de Karl Rahner, podríamos decir que “la realidad quiere tomar la palabra”, y en los signos de los tiempos la toma. Y entonces “el problema es saber qué dice Dios a través de ellos y cómo debemos responder a esa voluntad de Dios”, *ibid.* 57.

17. Véase “Juan XXIII, el Papa del Concilio”. En *Revista Latinoamericana de Teología* 85 (2012).

18. Juan XXIII condenaba a los eclesiásticos miopes y lastimeros que no encontraban más que males en el mundo, es decir, en lo que está fuera de la Iglesia. Y deseaba superar la arrogancia de la Iglesia de pensarse como único reducto de luz en un mundo cada vez más dominado por la oscuridad.

19. Reclamaba a Heidegger que “quizá en vez de preguntarse por qué hay más bien ente que nada, debería haberse preguntado por qué hay nada –no ser, no realidad, no verdad, etc.– en lugar de ente”, en “Función liberadora de la filosofía”, *ECA* 435-436 (1985) 50.

la realidad. Y por implicación, establece una jerarquía en los signos de los tiempos según la mayor o menor relación con el pueblo crucificado. De hecho, estaba retomando otra importante intuición del concilio, cuando, al hablar del ecumenismo, afirma que existe una “jerarquía” de verdades. Y el criterio para jerarquizarlas es “el diverso enlace de tales verdades con el fundamento de la fe cristiana” (UR 11).

El pueblo crucificado no es el todo de la realidad, pero funge como principio hermenéutico para comprender el todo, y para comprender adecuadamente el significado de todos los demás signos. Esto tiene consecuencias fundamentales: *ver* todo y a todos desde los crucificados; desde ellos *saber* qué es salvación y condenación, progreso y deterioro; a favor de ellos propiciar una *praxis*; desde ellos tener *esperanza*; y con ellos poder *celebrar*.

De esta forma, pienso que Ellacuría recupera también, y eficazmente, un dinamismo característico del evangelio: buscar y asentar lo que es principal y decisivo. De diversas formas aparece la pregunta fundamental: “cuál es el mandamiento principal”, “qué he de hacer para ganar la vida eterna”, “dónde hay que adorar a Dios”. Todo lo demás hay que entenderlo desde ahí, y ponerlo por obra. Es la disposición a acertar con lo principal.

2.1.3. El “siempre” del pueblo crucificado

Hoy ya no se habla así. La razón no es que vuelva a estar en voga el pensamiento

utópico de Ernst Bloch, filósofo, o de Teilhard de Chardin, teólogo. La verdad es que no parece interesar mucho ningún pensamiento que no sea pragmático e inmediatista. Y ciertamente no es que el mundo esté mejorando con notoriedad. La razón es que hay menos profetas y hay un deterioro notable de honradez con lo real.

Para Ellacuría el “siempre” del pueblo crucificado no fue mera constatación empírica. Más bien daba la sensación de expresar algún tipo de *a priori*²⁰, aunque puntualizó que varía la forma –y, añadimos, el grado– de crucifixión.

El “siempre” podrá parecer exageración infundada, pero ciertamente no es inverosímil. En lo personal pienso que, dado el empeño de ocultar la realidad del “pueblo crucificado” –aunque periódicamente se repite que hay “crisis”–, en esto es mejor pasarse por exceso que no llegar por defecto. La historia muestra que hay mucha verdad en el “siempre”²¹. Pero hay más teóricos del acomodo, que celebran precipitada y desproporcionadamente los éxitos, que maestros de la sospecha que desenmascaran los autoengaños ante fracasos reales.

Sigue habiendo pueblos depredados como el Congo, ignorados como Haití, devastados como los mesoamericanos. En Somalia y Etiopía cientos de miles mueren de hambre, “asesinados”, pues la desnutrición y el hambre son fácilmente eliminables si hubiese voluntad en la comunidad internacional, y no hablamos del eufemismo de “voluntad política”, sino del realismo de “voluntad humana”. En el trópico

20. Apreciaba sabiduría en la tradición cristiana sobre el “pecado”, el “origen” y el “a lo largo de la historia”. En el origen hay pecado “originante”, que sigue originando pecados. Y según esa misma tradición, “el pecado tiene poder”. Es “lo que da muerte”, decimos.

21. Para comprender sensatamente el “siempre”, hay que tener en cuenta las novedades epocales importantes, que ocurren también por lo que toca a cruz y crucifixión. René Girard piensa que, visto en perspectiva, está naciendo el germen de una humanidad más preocupada por las víctimas y con mayor compasión hacia ellas: “Nunca una sociedad se ha preocupado tanto por las víctimas como la nuestra”. Lo que no impide que el autor añada e insista en que “solo se trata de una gran comedia”, y que al hablar así no quiere “exonerar al mundo en que vivimos de toda censura”. Pero, con todo, insiste en que “el fenómeno carece de precedentes” (*Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, 2002, pp. 209, *ibid.*, 210, 209), lo que pudiera ser algo parecido a lo ocurrido en el tiempo eje, siglos VIII al VI a. C., de que habla Jaspers. También don

siempre hay inundaciones, tifones y tsunamis. Siempre hay derrumbes y muerte. Y siempre son los mismos los que sufren las consecuencias. La pregunta de Gustavo Gutiérrez, “dónde dormirán los pobres”²², es pregunta de siempre.

Recordemos formas actuales de crucifixión. En Mesoamérica se ha desatado una avalancha de homicidios, convertida en epidemia, y en la *enfermedad* que produce mayor número de muertes²³. En El Salvador, hubo 4004 en el 2010, y 4354 en el 2011²⁴. Habrá que afinar el número de víctimas, de los responsables y de las causas, pero el hecho es demoledor. Gastar energías solamente en precisar mejor las cifras trivializa el drama. No ver en él un signo principal que caracteriza a nuestra época deshumaniza. Y todavía sigue presente el drama que han dejado los homicidios del pasado, difícil de manejar por los supervivientes, personal y socialmente. Para muchas personas, todavía hoy su identidad está destrozada o maltrecha, sus carencias no reciben reparación, su dignidad sigue herida, y

las heridas siguen sangrantes. En El Salvador, la amnistía no ha curado ni a víctimas ni a victimarios. Ha facilitado la impunidad para seguir asesinando y depredando. Lo que sí es conmovedor es que las víctimas mantengan esperanza y lleguen a ofrecer perdón²⁵.

Existe el escándalo de la desnutrición y el hambre. En todo el tercer mundo, millones de seres humanos mueren por esa causa²⁶, entre los cuales muchísimos son niños. Los expertos insisten en que esas muertes son “asesinatos”, pues son evitables. Y cualquier asesinato de un niño, inocente e indefenso, ya dijo Ivan Karamazov que no tiene compostura ni en la tierra ni en el cielo.

En el “siempre” está presente la emigración indeseada y forzada, cuando ya no hay suelo bajo los pies para encontrar alimentación, empleo y morada. En el “siempre”, por fin, hay grados. La crucifixión del pueblo puede alcanzar una magnitud, una crueldad y una perversión inauditas. Ciertamente Auschwitz, en lo que insiste Metz. En nuestra época, don

Pedro Casaldáliga, junto a durísimas denuncias, afirma que “la Humanidad ‘se mueve’, y está dando un giro hacia la verdad y la justicia. Hay mucha utopía y mucho compromiso en este planeta desencantado” (*Utopía necesaria como el pan de cada día*, 2006). Pero admitido esto, la proclamación del “siempre” no es una insensatez, y ciertamente da que pensar.

22. Es el título de un libro publicado en Lima, 2005.

23. Para la Organización Mundial de la Salud, el estándar normal de homicidios es de 9 por cada 100 000 habitantes. Y cuando el número pasa de diez se puede calificar de “epidemia. En El Salvador el número de homicidios fue 62 asesinatos por cada 100 000 habitantes entre 2004-2009.

24. Según la Policía Nacional Civil, en 2011 cada día se quitó la vida violentamente a 12 salvadoreños. Y el modo de matar está tomando nuevas formas de crueldad y barbarie. De acuerdo a la misma fuente, durante 2011 hubo más de 200 asesinatos múltiples (de dos o más personas). 41 de estos asesinatos colectivos técnicamente cualifican como masacres porque en ellos perdieron la vida tres o más salvadoreños, muchas veces segando también la vida de niños y bebés. Como durante la guerra, la mayoría de las masacres (el 76%) se perpetraron en la zona rural. Más de la mitad de los asesinados son jóvenes de entre 18 y 30 años.

25. Sobre la importancia y necesidad de la memoria histórica, véase M. Gaborit, “A 20 años de la Firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador: Recordar en los tiempos del silencio. La persistencia de la Memoria Dolorida”, *ECA*

26. Según organismos de Naciones Unidas, en el mundo hay cerca de 925 millones de personas con hambre, cifra que supera la suma de las poblaciones de Estados Unidos, Canadá y la Unión Europea. El 98% de las personas con hambre viven en el tercer mundo. En él cada año mueren unos 10,9 millones de niños menores de cinco años en los países en desarrollo. La desnutrición y las enfermedades relacionadas con el hambre son la causa del 60% de las muertes. Son cifras de Naciones Unidas del 2010. Por otra parte, en el mundo se producen cada año alimentos para dar de comer a 12 000 millones de personas, casi el doble de habitantes del planeta, decía en 2007 Jean Ziegler, relator de Naciones Unidas para el Derecho a la Alimentación.

Pedro Casaldáliga insiste en África: “Ha sido llamada ‘el calabozo del mundo’, una ‘Shoá’ continental”²⁷.

Conclusión, es grave engaño querer quitar aristas al “siempre”.

2.2. Cómo captar “el” signo de los tiempos

A monseñor Romero y a Ellacuría, el sufrimiento del pueblo salvadoreño les impactó hondamente, y por eso usaron lenguaje de crucifixión²⁸. Que yo recuerde, no explicaron qué los movió a utilizar ese tipo de lenguaje. Pero quizás podamos “reconstruir” conceptualmente el proceso para comprender lenguaje tan radical. Y para ello permítaseme un breve inciso sobre lo que Ellacuría entiende por *inteligir*, “aprehender la realidad y enfrenarse con ella”²⁹. En palabras sencillas, se comprende la realidad, captando lo que realmente es, y para ello dejándose afectar por ella y reaccionando ante ella.

Ellacuría captó en profundidad la opresión de la oligarquía, que llevaba a la muerte lenta de la pobreza, y la represión del ejército, cuerpos de seguridad, escuadrones de la muerte a su servicio, lo que producía desaparecimientos, torturas, muerte violenta y, después, la muerte que produjo la guerra. Captó lo que acompañaba a todo ello: mentira

y encubrimiento por parte de las instancias de poder, con el apoyo de los medios, la mínima libertad de expresión y la prácticamente nula voluntad de verdad, la actuación –en ocasiones hasta llegar a la connivencia y otras veces en forma de omisión– de parte de instituciones religiosas, universitarias y afines, todo lo cual facilitaba la crucifixión del pueblo. Y captó también lo que era la novedad mayor: con limitaciones, errores y pecados, los esfuerzos, luchas, generosidad y heroicidad del pueblo por decir la verdad y denunciar, exigir la justicia y luchar por la liberación.

Para enfrentarse con esa realidad, Ellacuría “se hizo cargo del pueblo crucificado” (*dimensión cognitiva del inteligir*) al estar activamente entre sus variadas formas de cruz. “Se encargó del pueblo crucificado” (*dimensión praxica*) al trabajar denodadamente por bajarlo de la cruz a través de un instrumental de múltiples saberes y de poner a producir instituciones al servicio de esa tarea –la UCA, la Compañía de Jesús, la Iglesia, contactos internacionales– en sus últimos años para acelerar el fin de la guerra. “Cargó con el pueblo crucificado” (*dimensión ética*), al soportar difamaciones, amenazas y persecuciones hasta el final. Y suelo añadir que también “se dejó cargar por el pueblo crucificado” (*dimensión de gracia*), al dejarse llevar por la generosidad, la fortaleza, la esperanza, la heroicidad y, muchas veces, la bondad de dicho pueblo³⁰.

27. En el Antiguo Testamento, *shoá* en hebreo, *holocausto* en griego, no es una metáfora tomada de los sacrificios *cúlticos*, en los que se destruye totalmente la víctima. Para designar a estos sacrificios, en el pentateuco se usan los términos *korbán* y *'olah*. *Shoá* es usado, después del destierro, para describir la destrucción y el exterminio *histórico* de seres humanos.

28. Ellacuría usó literalmente la expresión “pueblo crucificado”. Monseñor Romero lo hizo en la homilía del 19 de marzo de 1978, y sobre todo por por implicación. Recuérdense palabras como estas cuando miraba al pueblo salvadoreño: “Nada hay tan importante para la Iglesia como la vida humana... Esa sangre, la sangre, la muerte, están más allá de toda política. Toca el corazón mismo de Dios... Nada me importa tanto como la vida humana... más que la violación de cualquier otro derecho humano...” (*Homilía* 16 de marzo, 1989).

29. “Hacia una fundamentación filosófica del método teológico latinoamericano”, *ECA* 322-323 (1975) 419. El texto fue escrito para ser presentado en el Encuentro de Teología Latinoamericana. en México, julio, 1975. Ellacuría no asistió, pero envió su texto, que apareció publicado en Enrique Ruiz Maldonado, *Encuentro Latinoamericano de Teología*, México, 1975.

30. Esta dimensión de gracia del “inteligir” la añadí más por experiencia e intuición que por reflexión teórica. Que Ellacuría se dejó llevar por la realidad, lo analicé al reflexionar sobre su fe. Por la naturaleza del asunto dije con temor y temblor que Ignacio Ellacuría se dejó llevar por la fe de monseñor Romero. “La fe de Ignacio Ellacuría”, Jon Sobrino – Rolando Alvarado, *Ignacio Ellacuría. “Aquella liberad esclarecida”*, San Salvador, UCA-Editores, 1999, pp.11-26.

Pienso que esto le llevó a reconocer en el pueblo crucificado “el signo de los tiempos”. No fue, pues, solo cosa de conceptos, filosóficos, teológicos, conciliares, bíblicos, sino de estar en la realidad crucificada y de enfrentarse con ella.

3. “El pueblo crucificado”, continuación del siervo sufriente de Yahvé

Nos adentramos ahora en un terreno que, manteniéndose en lo histórico, está también configurado por tradiciones de fe. Esto hace que su aceptación pueda ser más difícil para algunos, aunque pienso que la dificultad mayor no proviene de movernos en un ámbito que ya no es el puramente histórico, sino del contenido escandaloso de esas tradiciones.

Ellacuría formuló la realidad del pueblo crucificado desde la realidad del *siervo de Yahvé*, tomando en serio una tradición de creyentes, en este caso de la escuela de Isaías, alrededor del 550 a.C. Insiste en dos cosas. El siervo sufriente “es la víctima del pecado del mundo y es también quien aportará la salvación al mundo”³¹.

3.1. El pueblo crucificado es el siervo sufriente

El pueblo crucificado es la continuación del *siervo sufriente* de los cantos de Isaías -el *Jesús crucificado* de los evangelios. La reflexión de

Ellacuría se rige más por el cuarto canto del siervo³², Isaías 52, 13 – 53, 12, pues ofrece la ventaja, digamos pedagógica, de *historizar* con mayor claridad la figura del pueblo crucificado. Ofrece una descripción detallada de sus sufrimientos, denuncia explícitamente el mundo de pecado que le da muerte³³. Y anuncia la salvación que trae el siervo y su futuro de vida, como veremos más adelante.

En sintonía con esa tradición, los campesinos del Sumpul, Las Hojas, El Mozote, son el nuevo siervo sufriente que canta Isaías. Le han quitado toda figura humana. Es desestimado por los hombres, tenido como herido de Dios, contado entre los pecadores y enterrado como malhechor, y a veces ni tumba tiene, lo que la piedad de los antiguos no negaba a nadie –son los desaparecidos, los que hubo que buscar en cementerios clandestinos–. Es llevado al matadero sin abrir la boca, sin defensa y sin justicia.

En El Salvador, sí ha habido voces, algunas poderosas como la de monseñor Romero, que han hablado en su defensa. Pero en conjunto, la crucifixión del pueblo casi siempre ha ocurrido ante la mirada lejana o ausente de los bienvivientes del país y de la comunidad internacional. No se desviven por evitarlo. Es verdad que el pueblo crucificado es la continuación del siervo. “Creyentemente” –o con hondura humana–, es esta la forma más radical de devolver identidad y dignidad a las víctimas.

31. “El pueblo crucificado” 332.

32. Ver nota 11.

33. En tiempos de represión abierta escribí una “meditación ante el pueblo crucificado”, comparando punto por punto lo ocurrido en el Sumpul con el siervo sufriente de Isaías, en *Sal Terrae* febrero 2 (1986) 93-104. Para huir del ejército salvadoreño, los campesinos buscaron atravesar el río Sumpul, y en la otra orilla les esperaba el ejército hondureño. Para describir el drama basten estas palabras de Toñita, una superviviente. “Allí estábamos cuando fuimos atacados. Teníamos a los soldados a 300 metros, y al decir “nosotros” me refiero a una cantidad de casi 5000 gentes. Atravesábamos el río Sumpul. ¡Qué escena tan dolorosa! Todo el mundo se aventaba. Los niños corrían abajo, los ancianos tampoco resistieron, se ahogaban. Allí se ahogaron niños, ancianos, mujeres, todos en la pasada del río... Algunos niños fueron lanzados al aire y ensartados por bayonetas cuando caían”, *ibid.* 95.

3.2. El pueblo crucificado, lo que está abajo en el mundo, es principio de salvación

El siervo no ha cometido crímenes, y en su boca no ha habido engaño. Su muerte no puede ser comprendida como consecuencia de sus pecados, tesis de algún tipo de pensamiento religioso. Muere destrozado por el peso de nuestros pecados. Y contra toda evidencia, “con sus heridas hemos sido sanados”. Misteriosamente, el pueblo crucificado nos sana. Trae salvación.

Ellacuría confiesa que “solo en un difícil acto de fe, el autor puede llegar a afirmar lo que va contra toda evidencia”³⁴. La evidencia muestra más bien lo contrario. El mundo que lo destroza no está dispuesto a aceptar su potencial salvífico, y así hacen verdaderas las palabras de Jesús. El mundo desecha la piedra angular sobre la que construir la historia, y busca construirla desde el poder y la dominación, anulando a la inmensa mayoría de la humanidad oprimida³⁵. Ellacuría, también “en un difícil acto de fe”, se vuelve a la tradición del evangelio y afirma que la piedra que desecharon los constructores, piedra de tropiezo y roca de escándalo, “vino a ser la piedra angular... En este pueblo están las piedras vivientes con las cuales se edificará la nueva casa”³⁶.

Al llegar a ese punto, Ellacuría hace una puntualización necesaria: solo de la crucifixión y de la muerte no proviene salvación.

Afirma, por el contrario, que “solo un pueblo que vive, porque ha resucitado de la muerte que se le ha infligido, es el que puede salvar al mundo”³⁷. Se supera así una teoría según la cual el sufrimiento puede producir salvación mecánicamente. Pero queda en pie lo fundamental.

El pueblo víctima del pecado del mundo, que ha pasado por la cruz y que, estando en la cruz, lucha por bajar de la cruz juntamente con todos los crucificados, es el que puede aportar históricamente salvación. Esta no ocurrirá *sine effusione sanguinis*, dijo en un discurso ético-político en septiembre de 1989 ante los presidentes de El Salvador y Costa Rica, pero la sangre derramada para generar justicia, y más si la lucha es por amor, puede generar vida. En el pueblo, crucificado en diversidad de formas y en diverso grado, hay un potencial de salvación. Por eso decimos que es “principio de salvación”.

Este nos parece ser el aporte más original de Ellacuría³⁸. Su primer artículo, en 1978, lo tituló: “El pueblo crucificado. *Ensayo de soteriología histórica*”³⁹. Y volvió a esa idea numerosas veces al tocar la temática de pobres y mártires, salvación y condenación, riqueza y pobreza... La conclusión, dicho en forma de tesis, es que la salvación viene a la historia desde el abajo de la historia. Ese “abajo” es el pueblo crucificado, en lo que nos hemos concentrado, pero se puede hablar también de pobres, mayorías oprimidas... Esto desafía a la razón instrumental, y la *hybris* se rebela.

34. “El pueblo crucificado”, *RLT* 18 (1989) 326.

35. Añadamos que, al ciudadano normal y corriente, le trae sin cuidado si los crucificados traen salvación o no.

36. *Ibid.* p. 332s.

37. *Ibid.* 332.

38. Aunque sea brevemente, recordemos lo que también decía monseñor Romero sobre Is 53, 10-11. En la homilía del 21 de octubre de 1979, analizó el texto de Isaías desde diversas perspectivas, pero insistió en dos puntos, convergentes con lo que hemos dicho: el siervo no tiene por qué ser solo un individuo, el Cristo que salva, sino que puede ser todo un pueblo sufriente, y por implicación este puede ser liberador. “En Cristo encontramos el modelo del liberador, hombre que se identifica con el pueblo, hasta llegar los intérpretes de la Biblia a no saber si el Siervo de Yahvé, que proclama Isaías, es el pueblo sufriendo o es Cristo que viene a redimirnos”.

39. Ver nota 11. La cursiva es nuestra.

No suele aparecer en textos de la modernidad⁴⁰ ni de la postmodernidad, pues no es fácil de aceptar que de lo no-ilustrado y de lo convulso e hiriente provenga salvación. Impera el axioma metafísico: buenos o malos, “lo real somos nosotros”, “salvamos nosotros”, dicen los que han aceptado la Ilustración y dan la vida por supuesto.

Creo que, en este tema, Ellacuría caminó bastante en solitario, pero pensando siempre cómo historizar la intuición bíblica del abajo de la historia como principio de salvación⁴¹. No podemos analizarlo en detalle, pero mencionamos algunos puntos fundamentales.

1. El pueblo crucificado es “luz de las naciones”, puede sacar al mundo de la oscuridad en que vive. Y más concretamente lleva verdad al mundo de sus victimarios, lo que Ellacuría explicaba con dos conocidas metáforas. La del *espejo invertido* (al verse *deformado*, el mundo opresor se ve en él como en verdad es). Y la del *coproanálisis* (el estado de salud del mundo opresor aparece en *las heces* que desprende de sí: el pueblo crucificado). Por ser producto de nuestras manos, puede mostrarnos la verdad de lo que somos, lo cual no es pequeña salvación.

2. En su estado de *postración*, ofrece muchas veces fortaleza mantenida, generosidad en la entrega al mundo de la comodidad, del egoísmo y la indiferencia. Y en forma de sacudida puede facilitar la conversión.
3. En su estado de *resurrección*, “pobres con espíritu”, poseen y ofrecen valores humanos, acogida, sencillez, compartir. En lo eclesial, poseen un potencial evangelizador⁴². Y en lo social, se organizan y trabajan por la liberación, con creatividad desconocida, social y comunitaria, que a veces puede llegar a ser bélica. No lo hacen a sueldo, sino por solidaridad y muchas veces por amor. Son una reserva de utopía, un signo de que se puede revertir la historia. Buscando salvación, la ofrecen a todos.
4. A veces, ofrecen perdón a los victimarios, y rezan por ellos⁴³. Es la máxima oferta de salvación: no cerrar, sino abrir futuro. Humanizar.

Lo que acabamos de decir en definitiva solo se entiende al verlo hecho realidad. Y existe la contraprueba. Desde el arriba de la historia, proclive al egoísmo, pompa, comodidades, indiferencia, desprecio, no se genera mucha humanidad. Desde los crucificados, víctimas y pobres, en medio de fracasos y pecados, sí.

40. Sí está presente de alguna forma en Marx, y Ellacuría reconocía en el marxismo una cierta afinidad a esta y otras ideas cristianas. Cfr. “Teología de la liberación y marxismo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 20 (1990) 109-135. Más en concreto, la salvación proviene de una clase social del abajo de la historia, aunque Ellacuría recuerda que el marxismo no ve potencial salvífico en el *lumpen*, “El pueblo crucificado”, en *Conversión de la Iglesia al reino de Dios* (San Salvador, 1986, pp. 29-31. A mi entender, tampoco la filosofía social, sobre la que está basada la democracia, se pregunta por ello. Hace de los pobres ciudadanos con los mismos derechos que los demás, pero no los pone, ni en la teoría, ni en la práctica, en el centro de la sociedad, ni hace de ellos, por serlo, portadores específicos de salvación. Tampoco suele hacerlo la Iglesia, ni en la teoría ni en la práctica, con excepciones admirables.

41. Por nuestra parte, hemos desarrollado la idea, modestamente, en “Fuera de los pobres no hay salvación”, UCA-Editores, 2008, pp. 69-139.

42. Como lo reconoció Puebla 1142.

43. En un refugio, el día de difuntos los refugiados escribieron en papelones centenares de nombres de sus familiares difuntos, la mayoría asesinados por escuadrones de la muerte y cuerpos de seguridad, y dibujaron flores a su alrededor. Los colocaron sobre la pared, y añadieron otro papelón con rayas y sin flores. “Son nuestros enemigos. Los que nos matan. No conocemos sus nombres, pero también rezamos por ellos”, dijo un señor mayor.

Ellacuría lo hizo visible en un párrafo bien pensado sobre las comunidades de base, cristianas y políticas.

Hay signos de que los pobres son evangelizadores, son salvadores. La espléndida experiencia de las comunidades de base como fermento de renovación de la Iglesia y como factor de transformación política, el ejemplo no puramente ocasional de “pobres con espíritu”, que se organizan para luchar solidaria y martirialmente por el bien de sus hermanos, los más humildes y débiles, son ya prueba del potencial salvífico y liberador de los pobres⁴⁴.

Ellacuría no rechazó ningún aporte de salvación. Apoyó todos ellos⁴⁵, y trabajó en el desarrollo de modelos económicos y políticos. Pero sí repitió lo que no se suele tener en cuenta. Del pueblo crucificado, el abajo de la historia, vienen clamores, pero también salvación. Y en cosas fundamentales, mejor que desde el arriba. Veamos dos muestras de esta convicción.

La primera, más teórica, es su insistencia⁴⁶ en proponer la *civilización de la pobreza*, según la cual el motor de la historia es asegurar las necesidades básicas y su sentido es la solidaridad, para superar la *civilización de la riqueza*, según la cual el motor de la historia es la acumulación del capital y su sentido es el disfrute que proporciona. Esta deshuma-

niza; aquella hace florecer lo humano. Es una reflexión teórica sobre cómo obtener salvación en la historia.

La segunda, más existencial, es una especie de proclama para hacer posible esta salvación. “Solo utópica y esperanzadamente puede uno creer y tener ánimos para intentar con todos los pobres y oprimidos del mundo revertir la historia, subvertirla y lanzarla en otra dirección”⁴⁷.

De hecho, solo menciona a pobres y oprimidos, y varias veces habló de ellos como de fuentes de esperanza y, por implicación, de quienes se identifican con ellos. Y con la profecía dialéctica que usaba en momentos importantes, negó que la salvación pudiese venir de otras fuentes. “Estados Unidos está peor que América Latina”, dijo en 1989. “Porque Estados Unidos tiene una solución, pero es una mala solución. América Latina solo tiene problemas. Pero para el futuro de la historia es mejor tener problemas que malas soluciones”⁴⁸.

Hasta el final de sus días insistió en que “nuestros mártires son la semilla de la esperanza [...], lo cual es un síntoma sumamente interesante de una futura novedad frente a otros continentes que no tienen esperanza y que lo único que realmente tienen es miedo”⁴⁹.

44. “Pobres”, p. 796. Ellacuría recuerda la afirmación de Puebla: los pobres “han comenzado a organizarse para una vivencia integral de su fe y, por tanto, para reclamar sus derechos” (Puebla, n. 1137). Y comenta: “la fe los constituye así en fuerza política de liberación”, *ibid*.

45. “El desafío de las mayorías populares” 1078.

46. En los últimos siete años, abordó el tema en los siguientes artículos. “El reino de Dios y el paro en el Tercer Mundo”, *Concilium* 180 (1982) 588-596; “Misión actual de la Compañía de Jesús”, escrito en 1983 y publicado póstumamente en *Revista Latinoamericana de Teología* 29 (1993) 115-126; “La construcción de un futuro distinto para la humanidad”. Discurso pronunciado en la inauguración de un Congreso realizado en Berlín en octubre de 1988, <http://mercaba.org>. FICHAS/Teología_latina; “Utopía y profetismo”, *Revista Latinoamericana de Teología* 17 (1989) 141-184, publicado también en I. Ellacuría, J. Sobrino, *Mysterium Liberationis, Conceptos fundamentales de la teología de la liberación I*, Madrid, 1990, San Salvador, 1991, pp. 393-442.

47. “El desafío” 1078.

48. “Quinto centenario de América Latina. ¿Descubrimiento o encubrimiento?”. *Revista Latinoamericana de Teología* 21 (1990) 277.

49. *Ibid*. 280.282.

Lo que hemos dicho en este apartado nos parece ser muy original y fundamental en el pensamiento de Ellacuría y en el de monseñor Romero. La salvación viene de abajo o, al menos, de abajo viene salvación. Los pobres, el pueblo crucificado, son principio de salvación. Así lo han visto cristianos clarividentes en el tercer mundo. Los pobres, los rechazados, los sin poder son convocados para salvar a ricos y fuertes, dice A. Pieris⁵⁰ desde Sri Lanka. La Iglesia de África, “a través de su pobreza y humildad”, podrá salvar a las Iglesias que “han sucumbido a la tentación del poder, las riquezas y la dominación”⁵¹, decía Engelbert Mveng desde Camerún.

3.3. El paso de Dios

El pueblo crucificado, al ser comprendido como siervo sufriente “de Yahvé” –y al ser equiparado a *Cristo crucificado*– remite a Dios. El pueblo crucificado es, entonces, signo *histórico teologal* tal como lo dice el concilio: “El pueblo de Dios [...] procura discernir, en los acontecimientos, exigencias y deseos [...], los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios” (GS 11)⁵².

Esta acepción *histórico-teologal* de los signos de los tiempos no se suele tener muy en cuenta. Significa que, en lo concreto de la historia, se puede hacer presente Dios⁵³. Según la tradición bíblica, a Dios hay que encontrarlo

ante todo en la historia, y además sin decidir por cuenta propia cuál pueda ser el lugar más adecuado para encontrar a Dios⁵⁴.

En este contexto, hay que recordar la conocida sentencia de Ellacuría inmediatamente después de la muerte de monseñor: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. No es piedad meliflua, sino convicción última. Pero cabe preguntarse por qué Ellacuría habló del paso de Dios con ocasión del asesinato de monseñor –y, por lo que yo sé, solo habló así en este caso–. No hay respuesta apodíctica, pero quizás algo podemos barruntar.

Ellacuría tuvo veneración por monseñor⁵⁵. Le impactó su fe y su fidelidad al misterio de Dios. Es la fe y la fidelidad de personas *santas*. Y le impactó igualmente algo que era más novedoso en la tradición: lo que monseñor fue para el pueblo y lo que el pueblo fue para monseñor. Monseñor Romero vivió siempre total e incondicionalmente los sufrimientos, gozos y esperanzas del pueblo. Como ser humano, salvadoreño, fue eximio defensor suyo. Y como arzobispo puso a la Iglesia, en todas sus dimensiones, a su servicio. Murió, libre y conscientemente, mártir. Y murió como miembro, uno más, del pueblo crucificado.

Ellacuría captó en profundidad la doble presencia, de Dios y del pueblo, en monseñor

50. Cfr. “Cristo más allá del dogma. Hacer cristología en el contexto de las religiones de los pobres” (I), *Revista Latinoamericana de Teología* 52 (2006) 16.

51. En “Iglesia y solidaridad con los pobres de África: empobrecimiento antropológico”, en *Identidad africana y cristiana*, Estella, 1999, p. 273s. Mveng fue jesuita, asesinado en 1995.

52. No se usa aquí la expresión “signos de los tiempos”, sino “signos verdaderos”, por diversas razones bíblicas y cristológicas, y por respeto a los observadores de otras Iglesias que podían ver en peligro el *solus Christus*. Pero permanece lo fundamental, y así lo interpreta Joseph Ratzinger, en *Lexikon für Theologie und Kirche. Das Zweite Vatikanische Konzil III, Freiburg*, 1968, pp. 313-314. Dios se hace presente en la historia a través de su Espíritu.

53. Esta declaración de principios es importante. El concilio, sin embargo, no tuvo en mente al pueblo crucificado ni a la Iglesia de los pobres al hablar de esos signos verdaderos de la presencia de Dios. Eso sería posible solo después de y por causa de Medellín.

54. Permítaseme aducir una cita de Porfirio Miranda hace muchos años: “La cuestión no está en si alguien busca a Dios o no, sino en si lo busca donde él mismo dijo que estaba”, *Marx y la Biblia*, Salamanca, Sígueme, 1971, p. 82. Ese lugar de Dios son los pobres de este mundo.

55. Véase lo que escribí en “La fe de Ignacio Ellacuría”, nota 31.

Romero, y la relación entre ambas cosas. Tras su muerte lo formuló con estas palabras: “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”⁵⁶. El paso de ese Dios para salvar a ese pueblo necesitado de salvación, es lo que Ellacuría vio en monseñor.

He hecho este recordatorio para decir que, con las analogías del caso, también con el pueblo crucificado Dios pasó por El Salvador. Pasó un Dios de vida y de liberación, como el Dios de monseñor Romero. Y pasó un Dios sufriente y de cruz, como el Dios de Jürgen Moltmann.

Creyentemente ante el paso de *Dios*, secularmente ante el paso de alguna *ultimidad*, el ser humano puede sentir salvación. Ciertamente es que “todo importa más que escuchar realmente la voz de Dios que [...] se escucha tanto en los sufrimientos como en las luchas de liberación [del pueblo]”⁵⁷, decía Ellacuría. Y pienso que algo semejante se puede decir ante cualquier voz, se haga presente en sufrimientos y luchas. Pero para la fe “es cosa buena que en esos sufrimientos y en esas luchas Dios pase por el mundo”. Es el Dios del siervo. Y también por esa razón, el pueblo crucificado es principio de salvación.

4. Reflexiones finales para la actualidad

En sus Ejercicios Espirituales, san Ignacio pide al ejercitante que se ponga delante de un crucificado, Cristo, que se pregunte qué ha hecho y qué va a hacer por él. Y después añada escuetamente, “discurrir por lo que se ofreciere”. Pareciera decir que, si el ejercitante ha captado la realidad de un crucificado, ya se le ocurrirá qué hacer. Esto sigue siendo verdad. Ante el pueblo crucificado de su tiempo, Ellacuría lo formuló tajantemente: “bajarlo de la cruz”. Esto significa que nada sustituye al enfrentarse con la *crucifixión* del

pueblo para saber qué hacer. Y mantener que lo que está crucificado es *un pueblo*, mayorías. Sobre esto vamos a decir unas palabras.

4.1. Mantener la magnitud de la crucifixión

Tanto las víctimas como los victimarios, en cuanto personas individuales, producen un gran impacto. Basten estas dos citas de monseñor Romero.

Sobre las víctimas:

Esta semana se me horrorizó el corazón cuando vi a la esposa con sus nueve niñitos pequeños, que venía a informarme. Según ella lo encontraron con señales de tortura y muerto. Ahí está esa esposa y esos niños desamparados. Yo creo que el que comete un crimen de esa categoría está obligado a la restitución (20 de noviembre, 1977).

Sobre los victimarios:

Sería bueno tener en cuenta que lo que hay que descubrir, ante todo, son los responsables principales de esas capturas [...]. Los que mandaron, los que permitieron, incluso los que se solazaban como en un circo romano en capturas, desaparecimientos, torturas, asesinatos, tienen que oír la voz de la justicia (11 de noviembre, 1979).

Es obligado tener en cuenta a las personas, pero no es suficiente. Y en esto se ha ido operando un cambio. En los setenta y los ochenta, se hablaba de *mayorías* populares, *tercer mundo*. Y no por capricho. El lenguaje al menos correspondía a la realidad. Hoy sigue crucificada, pero el lenguaje ya no expresa la magnitud de la tragedia. Sí se usa, a veces, lenguaje grandilocuente al hablar de la problemática: “los desafíos del nuevo milenio”, “erradicar la pobreza en un 50% para 2015”, se dijo hace unos años. Pero el lenguaje ya no expresa la absoluta intolerabilidad de

56. En *Revista Latinoamericana de Teología* 19 (1990) 5-10.

57. “El pueblo crucificado” 59.

la realidad, ni la decisión sin condiciones a revertirla, ni la convicción de que el pueblo crucificado pronto podrá dejar de serlo.

Hay lenguajes serios, del PNUD (“profeta de nuestro tiempo”, lo llama Casaldáliga), la UNESCO, la FAO, ACNUR, UNICEF, pero no sacuden conciencias masivamente, y quizás ni están pensados para ello. Pueden presentar bien los datos, pero no acaban de llegar al fondo del asunto: superar la civilización de la riqueza, causa de infinidad de los males que mencionan, a través de la civilización de la pobreza. Y menos lo intenta el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, aunque siempre se puede decir que, si no existiera, el caos sería mayor. En definitiva, se ofrece una utopía de males menores.

Y una última observación. Al Consejo de Seguridad se le suele criticar que no es democrático o que es positivamente antidemocrático. Pero formular así la crítica dificulta en sí mismo llegar al fondo del asunto: lo primario y lo último es “humanidad”, no “democracia”; “vida”, no “libertades políticas formales”, sin que esté en discusión que ambas cosas sean buenas. Que yo recuerde, ni Ellacuría ni monseñor Romero, en medio de la crucifixión del pueblo, denunciaron la ausencia o la corrupción de la democracia como el mal mayor⁵⁸. Lo que denunciaron decididamente fue la ausencia de vida y el imperio de muerte. Y esto da que pensar. No es fácil aceptar que el problema es el “pueblo”, grandes mayorías, el tercer mundo se decía antes. Y que está “crucificado”, en trance de muerte.

No estamos en la época de Ellacuría y monseñor Romero, pero, en formas diferentes, el signo de los tiempos sigue siendo una

realidad masiva. Ante su magnitud, quisiera mencionar ahora la responsabilidad específica de las Iglesias y las universidades, pues es lo que mejor conozco. En principio, “todo” en ellas debiera estar regido por el pueblo crucificado.

4.2. Las iglesias y el signo de los tiempos

En conjunto, reina el silencio sobre el pueblo crucificado como el signo de los tiempos en los nuevos movimientos y espiritualidades, que son mayoría y gozan de respaldo jerárquico, en jornadas de la juventud y similares, en la mayoría de seminarios y curias. Y no es problema puramente de lenguaje sino de concepto. Tampoco lo menciona con esa explicitud Benedicto XVI, aunque periódicamente recuerda las tragedias que abaten al mundo.

Los padres de la Iglesia de América Latina sí hicieron central al pueblo crucificado, literalmente o en lenguaje equivalente, en Medellín, en las cartas pastorales de Brasil y Perú. Hoy no es así, con excepciones como Casaldáliga, Ramazzini, don Samuel Ruiz, recientemente fallecido. Y para ello no puede ser disculpa apelar a nuevos paradigmas y cambios de época.

Las Iglesias –ciertamente la católica– están hechas de varias cosas. Fundamento y centro de todo es la fe en Dios y el amor al prójimo. Y eso se expresa en muy diversos ámbitos de realidad: doctrina, magisterio, liturgia, derecho canónico, ministerios, jerarquía, teología, pastoral, seminarios, música, medios de comunicación⁵⁹, obras de asistencia, escuelas... La pregunta es si y cómo en todos estos ámbitos

58. Apoyando la democracia, lo que hizo Ellacuría, por ejemplo, al denunciar universitariamente fraudes electorales, decía que lo necesario es, ante todo, que haya derechos humanos. Y por cierto, no especialmente los políticos individuales, sino los derechos básicos del pueblo a la vida, *Cfr.* “Historización de los derechos humanos desde los pueblos oprimidos”, ECA 502 (1990) 589-596.

59. Planificados desde hace unas tres décadas, están sustituyendo la imagen eclesial de Medellín por otra más devocional, individualista, jerárquica...

está centralmente presente el pueblo crucificado, lo que caracteriza al mundo al que debemos servir y lo que expresa la presencia de Dios. Ciertamente, el pueblo crucificado no es todo, y las diversas dimensiones de la Iglesia deben atender a muchas otras cosas. Pero las variadas dimensiones eclesiales debieran estar en relación con la magnitud del pueblo crucificado. Y no delegar en alguna dependencia eclesial lo que debe ser tarea de toda la Iglesia⁶⁰.

Con monseñor Romero y los padres de la Iglesia latinoamericana, el pueblo crucificado estaba presente, en principio, en *todos los ámbitos eclesiales*. Todo en la Iglesia –fe, liturgia, homilías, pastoral, magisterio...–, aun teniendo en cuenta la especificidad de cada ámbito, debía estar al servicio del signo principal. Baste recordar sus palabras. “Estas homilías quieren ser la voz de este pueblo. Quieren ser la voz de los que no tienen voz” (*Homilía* del 29 de julio, 1979). Algo eclesial concreto, *las homilías*, estaba al servicio de *los que no tienen voz*, es decir, del signo de los tiempos⁶¹.

4.3. Las universidades y el pueblo crucificado

Algo parecido hay que decir de las universidades, atendiendo a lo específico de cada uno de sus ámbitos. Por su naturaleza y tradición las universidades deben promover saberes en plural, específicamente a través de dos de sus funciones fundamentales: investigación para llegar a saber y docencia para comunicar saberes. Pero la universidad es también por su naturaleza, aunque no por tradición –y verlo así fue el aporte más original de Ellacuría–, una fuerza social, hecha posible por la sociedad, junto a otras fuerzas sociales,

y con la responsabilidad de transformar dicha sociedad. De ahí, la proyección social de la universidad, la cual, si no tiene por qué ser la función más *específica* en comparación con la investigación y la docencia, sí es la función *principal* de la universidad.

Esto es conocido. La pregunta es si, y hasta qué punto, las universidades miran al pueblo crucificado como “el signo de los tiempos que caracteriza la realidad social” y funge como principio hermenéutico desde el que comprenderse a sí mismas por entero. Y si la universidad se declara de inspiración cristiana, la pregunta es si en ese pueblo crucificado ve “la continuación del siervo”, y –sin confesionalismos– si en ese pueblo ve “presencia de Dios” o presencia de algo último.

Nada de esto le distancia del cultivo de los saberes, tradicionales, actuales y siempre emergentes, que debe propiciar con diligencia. Pero tiene que preguntarse en qué relación están esos saberes con el pueblo crucificado y con bajarlo de la cruz. Tiene que preguntarse si y cómo ocurre en los diversos saberes de literatura, historia, filosofía, teología, geografía... En las ciencias que saben del hambre, asesinatos, indignidad, enfermedad, violación de los derechos, machismo, imperialismo... Qué hace con los saberes sobre la *oiko-nomía*, el manejo de un hogar vivible, ingeniería, arquitectura, ecología, administración de recursos (empresas u otros), comunicación social y sus medios, la música y el arte que humanizan... Y también en los saberes de las ciencias puras, matemáticas, física, química, cuyo potencial social pueden conocer los expertos.

La respuesta es compleja, pero el principio es claro. Todos estos saberes pueden ayudar

60. En El Salvador, el trabajo de Tutela Legal del Arzobispado ha sido muy importante durante años, y el desempeño de María Julia Hernández fue extraordinario.

61. Y que eran un servicio a los de abajo, monseñor Romero lo aclaraba dialécticamente. “Y por eso, [estas homilías] sin duda, caen mal a aquellos que tienen demasiada voz. Esta pobre voz encontrará eco en aquellos que amen la verdad y amen de verdad a nuestro querido pueblo”.

a captar la realidad del pueblo crucificado y a bajarlo de la cruz, o pueden servir para mantenerse a prudente distancia, cuando no a facilitar la tarea de sus crucificadores. En este sentido, toda la universidad debe defender a las víctimas. Y como lo hemos dicho al hablar de las iglesias, no se debiera delegar esa tarea a una parte de ella, un instituto de derechos humanos por ejemplo, por necesario e importante que sea.

Como monseñor Romero lo hizo con la Iglesia, también Ellacuría puso en relación el hacer de toda la universidad con el pueblo crucificado. Lo dijo programáticamente en la Universidad de Santa Clara el 12 de junio de 1982:

La universidad debe encarnarse entre los pobres intelectualmente para ser ciencia de los que no tienen voz, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón, aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen y legitimen su verdad y su razón.

Ser “ciencia” es bueno en sí mismo, pero debe ser bueno ante todo para “los que no tienen voz, aunque tengan la razón”. Y todas las ciencias deben estar al servicio del pueblo crucificado.

Epílogo. La bondad y la santidad que salvan

Las víctimas lo son a manos de victimarios, y en su defensa surgen abogados que pueden ser perseguidos y no raramente han acabado siendo mártires. Teóricamente, es fácil saber “qué hacer con los victimarios”, y existen muchos organismos que nos muestran el camino. Otra cosa es “qué hacer con los mártires o con todos los que defendieron a las

víctimas”. Si se me permiten palabras sencillas, aceptamos con facilidad “no ser como los malos”, pero no es tan fácil aceptar “ser como los buenos”.

A los victimarios hay que ayudarlos –y presionarlos en su justa medida– a que pasen por un proceso de verdad, justicia y perdón, con la esperanza, a veces difícil, de que se humanicen, y a que obviamente dejen de victimizar. Y también hay que insistir en la transformación de las estructuras que victimizan, de lo que hoy ya no se habla mucho. No podemos entrar ahora en ello, pero sí recordar que no hay tribunal para enjuiciar al capitalismo mundial responsable de millones de víctimas.

A los mártires hay que agradecer y recordar, y en principio, intentar imitarles. Ciertamente, hay que proseguir su *causa*. Pero quisiera insistir ahora en “imitar” la *bondad* que de diferentes formas y en diferentes grados se expresó en ellos. Pienso que esto no se suele tener en cuenta. Monseñor Romero, Silvia Arriola, Julia Elba fueron personas de bondad.

Solo quisiera añadir que animar a emular la bondad de testigos y mártires no es solo moralizante. En la bondad a fondo perdido, hay un plus. Hay algo que salva, como Dostoyevski lo decía de la belleza⁶². “Sean buenos del todo como el Padre celestial” no es solo exhortación. Es utopía y es necesidad cambiar el mundo a través de la bondad.

No sé si es un neologismo sensato, pero pensando en todo ello se me ocurrió la expresión “buenear” la realidad. Hay que “buenearla” con praxis eficaz, ciertamente, pero también con bondad a fondo perdido. Esta es necesaria no solo para salvar el alma, sino para salvar la realidad.

62. “La belleza salvará al mundo”, *El idiota*, III, cap. 5. Y Dostoyevski no decía tonterías. Al hablar de la belleza estaba hablando de la bondad de Dios. Entrega “a su propio Hijo, no para condenar al mundo, sino para salvarlo”.

Sobre esto escribí mi carta anual a Ellacuría⁶³, al hablarle de Dean Brackley, quien acababa de fallecer. Fue defensor de las víctimas y hombre de muchas praxis. Y fue hombre de bondad, ejemplo de interesarse por todos, cada uno con nombre inintercambiable. Sin pensar en sí mismo, ni ponerse en primer lugar, ni tenerse por importante, Dean Brackley se alegraba del bien. Y era hombre agradecido. “Quiero agradecer a Dios haber vivido veintiún años con este pueblo martirial”. Esa bondad, como la de muchos otros, han defendido a las víctimas y han humanizado nuestro mundo.

Al leer sobre las guindas de campesinos y campesinas con niños pequeños que huían del ejército caminando de noche en medio de graves peligros, al ver a decenas de miles de mujeres que huían de Rwanda, con dos niños en las manos y la casa en la cabeza, todo lo que tenían en una canasta, aparecía lo numinoso, *tremens et fascinans*. Pensé que es “la santidad primordial”⁶⁴. Acusa, desenmascara y sacude. Y salva.

La bondad de los mártires y la santidad del pueblo crucificado humanizan este mundo. Traen salvación.

Jon Sobrino,
26 de enero, 2012

63. *Carta a las Iglesias*, octubre, 2011.

64. Véase lo que dijimos en *Terremoto, terrorismo, barbarie y utopía*, San Salvador, 2003, pp. 127-176.